

"Cómo Ha Cambiado la Identidad del Mexicano"



Jorge Matte y Edgar Balderas
Estudios Psicoindustriales

Ya que vamos a hablar sobre cambios en la identidad del mexicano en los últimos 30 ó 35 años, tendremos que empezar por definir lo que es la identidad. En una definición no académica, la identidad es todo aquello con lo cual uno está de acuerdo, todo aquello que uno siente importante y sustancial en un país: los rasgos de carácter de la gente de ese país, las cosas que yo admiro fundamentalmente, aunque a veces también las que rechazo. Ciertas características de la estructura social del país y toda una serie de elementos también están incluidos: la música, el arte, las relaciones humanas, todas las cosas que me hacen sentir parte del país. Creo que lo más importante de una identidad son todos los elementos que a uno lo hacen decir: yo soy mexicano. Creo que lo interesante de la identidad es que me involucra personalmente, me llena y finalmente me da orgullo y me da esperanza.

Una de las cosas más importantes del trabajo de la investigación cualitativa es estudiar precisamente la identidad en relación con productos, con servicios, con publicidad, con empaques, con política, etcétera. Y yo diría que ha habido una transformación muy profunda en términos de identidad en los últimos 35 años.

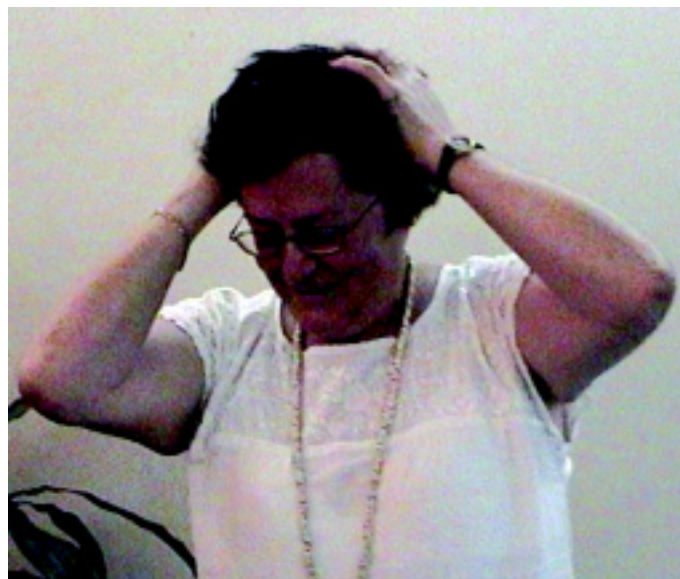
Entre 1966 y el principio de los años 80 había una identidad muy clara, había una serie de valores dentro del mundo mexicano que eran como inamovibles y que de alguna manera la gente sentía que eran eternos: el valor de la familia, el valor de la amistad, el valor de la lealtad... Y todo esto unido a toda una parte como folclórica, que llevaba a expresiones como "México es el cuerno de la abundancia", "somos riquísimos en el fondo, pero desgraciadamente somos flojos", aunque también "quizá afortunadamente somos flojos porque la pasamos muy bien dentro de nuestra flojera", "somos solidarios unos con otros", "nuestra hospitalidad es tradicional y conocida".

Había todo un sistema jerárquico muy claro. Dentro de la familia había una voz final, que era la voz del

hombre. La mujer tenía ciertos roles y el hombre otros. Los hijos tenían que ser respetuosos, tenían que acomodarse en el fondo a las normas de los padres. El ideal era decir la verdad, pero se admitían, claro, ciertas mentiras cuando eso convenía, etcétera. Entonces había una serie de valores y realmente la gente decía "como México no hay dos", "México, Ra, Ra, Ra", etcétera.

Yo diría que ese era el panorama de la identidad del mexicano hasta la crisis del 82. Y lo que sucedía en esa época es que la gente se sentía parte de cierta clase social, casi como castas: yo estoy en cierto nivel, mi aspiración sí es subir, pero estoy contento con lo que soy y con lo que tengo. Ese era un poco el ambiente general, cuando de repente en el año 82 se produce una crisis económica en la cual la gente siente que todo es más caro y que "yo soy cada día más barato".

Esta crisis influye clarísimamente en las relaciones humanas dentro de la familia, en las relaciones de trabajo, en la vida en la calle, con incrementos muy serios de inseguridad en esa época, con falta de chambas y de oportunidades. Esto produjo todo un



cuestionamiento en torno a todos estos valores, o sea: no vaya a ser cosa que esta crisis no sólo se deba a López Portillo, o al gobierno o al PRI, sino que no vaya a ser que esta manera de ser nuestra realmente sea la causante profunda de todo esto. Entonces, entre los años 82 y 90 yo diría que en el fondo hubo una pérdida de valoración de esa identidad tradicional, no sabíamos bien a donde ir, pero empezamos seriamente a dudar que esto fuera lo mejor del mundo y que había que ver hacia donde ir.

Perdimos el rumbo y nos quedamos en una especie de letargo, como diciendo “no puedo regresar, pero no sé bien a donde puedo ir”. Todos esos valores tradicionales y todo ese “México, Ra, Ra, Ra” empezó a quedar como en el olvido o en la vergüenza: ya no nos atrevíamos mucho a decir ese tipo de cosas.

Creo que más o menos al final de los años 80 de repente cambia todo, como que de alguna manera México se trasladó en el mapa a otro lugar: al norte. De repente como que nos sacaron del lugar de los paralelos y meridianos en que vivíamos y nos fuimos a un primer mundo muy raro. No sabíamos bien cómo diablos había sucedido esto, pero de repente dijimos “tenemos nuevos valores”. Sentimos que había una serie de nuevas cosas que eran las que realmente valían: ahora vale la eficiencia, ahora vale la tecnología.



No entendíamos bien cómo se había producido este milagro. Pero ahí estaba, y como que dijimos: no importa cómo fue, no importa que perdimos los valores que teníamos, porque esto es a donde va el mundo. Incluso de repente descubrimos el tequila, pero no porque fuera mexicano, sino porque en Estados Unidos empezaba a tener un auge brutal. Y lo mismo pasó con la Cerveza Corona.

De repente íbamos a Estados Unidos o veíamos películas y se estaba tomando tequila y cerveza mexicana. Entonces lo adoptábamos y de repente pensamos ya “esto es la música que llegó para quedarse”.

Sin embargo, en diciembre del 94, no el error de diciembre sino el horror de diciembre, como que todo esto se vino abajo y la gente empezó a decir: esto era una burbuja, esto era como una gran pantalla, esto era un México virtual, éste no era el México real. Y con el consiguiente problema de fondo: por una parte, no puedo regresar a los valores tradicionales, porque ya perdí la virginidad y la inocencia y no puedo regresar a ellos; y por otra parte, todos estos nuevos valores me quedan enormes, México de alguna manera regresa a los paralelos y meridianos de antes, incluso peores, casi la impresión era que nos fuimos mucho más al sur, casi al sur del Ecuador.

Entonces se produjo lo que creo fue la peor crisis, no solamente económica, sino de identidad profunda: ¿quién soy?, ¿A dónde voy?, ya probé los dos extremos, ya probé ser mexicano, nacionalista, cerrado y no me llevó a ninguna parte; por otro lado, todo este fantasma maravilloso del primer mundo fue inalcanzable, entonces ¿qué me queda? Esta situación produjo una gran incertidumbre, una gran insatisfacción profunda: en el fondo no sé a quien ver, no sé a quien creer, las creencias en el fondo tengo que desecharlas porque no me han dado ningún resultado.

Finalmente, dentro de este contexto aparece Fox, no lo digo desde el punto de vista político, sino sociológico. De repente el mexicano se dijo: a ver, me está proponiendo un cambio, y yo estoy de acuerdo que tengo que cambiar, es decir, ¿qué tengo que hacer? Tengo que destruir este pasado que tengo, no sé bien qué me está proponiendo, pero me está proponiendo olvidar lo anterior y tratar de buscar un nuevo camino, y no sé bien por donde va, no sé bien pero estoy de acuerdo.



Pero, como mexicano me ofrece un cambio, existe la posibilidad de que tú, mexicano, de nuevo encuentres algo que no va a ser ni lo norteamericano (“gringo”), ni los valores tradicionales mexicanos. Volver a ser Juan Charrasqueado, no te lo puedo ofrecer, pero puede que haya algo. Yo creo que en este período hay como una latencia, una esperanza de encontrar una identidad, algo con lo cual decir yo soy orgullosamente mexicano. En este momento se está empezando a pasar la esperanza en términos de identidad.

Porque a partir sobre todo de la crisis del 95, la clase alta definitivamente dijo: yo me voy de México. Es decir, me voy sin irme quizá físicamente, pero yo ya no tengo la esperanza en este país y en todo el paraíso de Salinas. Son los que tienen algún tipo de acceso a esta burbuja y que de alguna manera se han ido adaptando a toda una realidad que prometió Salinas y que más o menos viven, pero tampoco con demasiada buena conciencia, porque sienten que no pueden abandonar totalmente lo mexicano y transformarse en gringos.

Por su lado, a la clase baja entonces, a partir sobre todo del 95, se le abrió la posibilidad de irse a Estados Unidos. Y en todos los estudios que hicimos a partir de entonces, la esperanza más seria del mundo obrero y del mundo campesino era irse al cielo. Muchas veces pensaba que el Papa debería prometerle a los mexicanos, no el cielo, sino Estados Unidos después de la muerte. El cielo es California y Los Ángeles, ahí hay ángeles, de veras. Y entonces se produjo como toda esta idea: mi esperanza es irme.

Creo que la gran cantidad de indocumentados corresponde no solamente a un problema concreto de falta de trabajo y de hambre, etcétera. Por supuesto, eso ha ayudado, pero fundamentalmente la gente se ha ido porque quiere encontrar un lugar donde se pueda identificar, donde de alguna manera comulgue con otros valores, no con esa enorme tristeza y pantano en que vive.

O sea, la clase alta como que vivía en su burbuja, la clase baja tenía el sueño de irse y aunque no se fueran, el sueño constituía realmente una esperanza. ¿Y la clase media? Muy bien, gracias. La clase media no tenía ni la burbuja ni la esperanza de irse de indocumentado, porque sabía que era horrible este

asunto. Sabía que eso era asimilarse a todo un mundo del cual ellos ya habían salido. Entonces la clase media fue la más dañada con la crisis, porque quedaron sin esperanza. Por eso los que más creyeron en el gran cambio de identidad con Fox, fueron los de la clase media. La clase media fue la que dijo: ya que no me puedo ir, puede que aquí me estén presentando algo que sea mi solución.

Por supuesto, en toda esta evolución de la identidad del mexicano ha habido una tendencia a echarle la culpa al régimen, al gobierno, a los presidentes en turno. Y entre más le echo la culpa al otro, menos responsable me siento yo de tomar medidas y de sacrificarme. De alguna manera ésta ha sido la única forma de conservar la autoestima, porque si yo, además de estar en la olla y fregado, tengo que reconocer que todo eso es culpa mía, entonces ahí ya es demasiado.

Pero creo que la salida que el mexicano ve ahora es empezar a reconocer que es, en parte al menos, responsable de la situación que vive. Y tengo la impresión de que el actual régimen, con los valores morales que está proponiendo —esta idea de la corrupción y de combatirla, esta idea de la transparencia, esta idea de los diálogos, en fin, que son en el fondo valores éticos— está llevando al mexicano a plantearse que tiene que cambiar, porque la solución ya no puede venir totalmente de afuera. La gente empieza a decir: tengo que aprender a rascarme con mis uñas, o lo hago yo, o nadie me va a sacar de esto. Esta manera de pensar ya empieza a ser como una especie de cliché en el mundo mexicano y quizá lo que falte es que tenemos que unirnos y formar grupos



para poder salir. En este momento, estamos en la etapa de yo soy yo, yo me salvo como pueda, yo voy a trabajar seriamente, yo y mi familia y hasta ahí lle-go.

Empieza a haber la conciencia de que los planteamientos demasiado mesiánicos finalmente no funcionan. Incluso la comunicación gubernamental empieza a hacer énfasis en que los ciudadanos somos quienes tenemos que solucionar nuestros problemas, aunque durante el período electoral antes del 2 de julio, de alguna manera la gente sentía a Fox como un Mesías.

Pero me parece que en el último año se empieza a caer un poco el Mesías, se cae un poco el mito. Como que de alguna manera la gente dice: o salgo adelante yo mismo, o no salgo adelante, no puedo seguir esperando un milagro. Creo que ahora hay una postura mucho más realista y que se le está cayendo toda esa aureola mesiánica a Fox, porque en el fondo nos está empezando a pasar el paquete. Quizá el problema es que no tenemos un modelo de mexicano muy claro en este momento, un modelo en el que asimilar valores globales. ¿En qué medida tenemos que adoptar actitudes de eficiencia y de trabajo como en el primer mundo y en qué medida debemos seguir siendo mexicanos?, ¿En qué medida hay valores profundos, que ya no sabemos ni cuáles son, que nos estructuran en un modelo de identificación? Ahí es donde está el dilema. Sí nos damos cuenta de que la solución está en nuestro propio esfuerzo y no en el mundo exterior, pero aún no sabemos bien cómo hacerlo.

Y creo que aquí viene la terrible responsabilidad de los medios de comunicación. Es impresionante como realmente todo el mundo de la información, el mundo de las telenovelas, el mundo de las películas, el mundo del arte, todo conforma estas identidades. En mi opinión, los medios de información y la publicidad se orientan a satisfacer a la gente. Primero tratan de entender qué quiere la gente, y luego intentan darles cosas que los hagan felices, porque eso es lo que finalmente los hace felices a ellos como medios. Entonces, como que uno no ve en todo esto ningún tipo de modelo realista, ningún tipo de esperanza concreta y realizable. Uno no entiende mucho cuáles son los valores que realmente valen la pena. Entonces la gente se pregunta: ¿dónde encuentro esto?



Curiosamente antes lo encontraba en la religión, en el nacionalismo, etcétera. En este momento, es muy confuso este sistema de valores que la sociedad y los medios de alguna manera están proponiendo. Yo lo veo en los grupos focales que hacemos con jóvenes. Se sienten muy perdidos, esa es la verdad. Sienten que lo único que vale la pena es el dinero, pero se sienten frustrados porque no tienen acceso al dinero. Tal vez cuando están en la prepa o cuando empiezan a estudiar su carrera piensan que eso les dará acceso al dinero, pero al final se enfrentan con que “ni mi papá me lo va a dar, ni me lo está ofreciendo el mundo”. Entonces hay como una desazón, una frustración muy seria.

Yo diría que es muy importante creer en algo, porque es como una especie de motivación que nos ayuda a avanzar, a pesar de los fracasos. Y en este momento, sobre todo en la juventud, como que no hay una creencia. Entonces, en el fondo, la única esperanza es Estados Unidos. Y es fácil trasponer toda la esperanza en un lugar geográfico, es muy fácil, porque me evita el esfuerzo, me evita el pensar demasiado.